



CAPÍTULO UNO



EL IMPERIO DE LOS JUSTOS

Había pasado casi un año desde el último amanecer del Reino del Sur. Los ciudadanos nunca olvidarían la tarde horrible cuando el Príncipe “Siete” Gallivant marchó con su Ejército de los Muertos Justos por las afueras de la ciudad y atacó Colinas Carruaje por sorpresa. Allí, el príncipe tomó el trono de su fallecido abuelo en el castillo de Champion y se autoproclamó, no el nuevo rey del Reino del Sur, sino el emperador de un nuevo *Imperio de los Justos*.

Desafortunadamente, ningún ciudadano del Reino del Sur podía hacer algo para detenerlo. El príncipe tenía el derecho

legal de cambiar su nuevo reino heredado si así lo deseaba. Pero ni siquiera sus más fieles seguidores pudieron anticipar los horrores que tenía en mente y, pronto, comenzaron a resentir al monstruo que habían ayudado a crear.

La primera ley que promulgó disolvió al ejército del Reino del Sur y lo reemplazó con su Ejército de los Muertos. Su segunda ley despojó a los jueces de todo poder y les dio su lugar a los miembros de su devota Hermandad de los Justos. La tercera ley le garantizó erradicar la constitución del Reino del Sur y crear una nueva que se basara en los principios de la opresiva *Doctrina Justa* de la Hermandad.

Con las nuevas leyes, todas las escuelas e iglesias quedaron cerradas; lo único que los ciudadanos tenían permitido estudiar o adorar era al emperador mismo. Todos los mercados y tiendas fueron cerrados, ya que ahora la comida y las provisiones eran distribuidas a voluntad del emperador. Todas las criaturas hablantes (duendes, enanos, trolls, goblins y ogros) quedaron exiliadas a sus respectivos territorios y se les prohibió el ingreso al imperio. Las fronteras quedaron permanentemente cerradas y todo intento por comunicarse con el mundo exterior quedó estrictamente prohibido.

El emperador también impuso toques de queda y duras restricciones sociales. Nadie tenía permitido salir luego del anochecer hasta el amanecer, los ciudadanos necesitaban un permiso especial para viajar más allá de sus hogares y era ilegal que las personas se reunieran con cualquiera que fuera ajeno a su familia íntima. Adicionalmente, todas formas de expresión creativa, como el arte, la música y el teatro, fueron prohibidas. La única ropa que los ciudadanos tenían permitido usar en público eran uniformes negros sobrios que el emperador

repartía. Era normal que se registraran las residencias privadas en busca de dinero, joyas, armas y otros elementos de valor, y se los llevaran como “donaciones” para el Imperio.

Los soldados muertos del emperador patrullaban las calles día y noche para asegurarse de que se cumplieran las nuevas leyes y los cadáveres andantes no dudaban en dar ejemplos grotescos con la gente que los desobedecía. Por tal motivo, los ciudadanos se quedaban en sus casas para evitar problemas, todo mientras rezaban porque algo, o *alguien*, los liberara de esta nueva pesadilla.

Sin embargo, la modificación más severa a la constitución fue la ley sobre la magia. El Imperio impuso la pena de muerte a aquellas personas que simplemente *empatizaran* con la comunidad mágica. El decreto le daba al emperador el derecho absoluto de encarcelar a cualquiera que se sospechara que *apoyara* a sus enemigos mágicos.

En los meses que siguieron a la sucesión del emperador, el Ejército de los Muertos arrestó a cientos de “simpatizantes de la magia” y los sentenció a la horca sin pruebas ni juicio previo. Lo más extraño de todo fue que, si bien las sentencias eran rápidas, las ejecuciones quedaban en espera. El emperador nunca explicaba qué era lo que estaba esperando, pero se llegó a la conclusión de que mantenía a estas personas con vida por un plan *estratégico*.

En sus primeras semanas al poder, el emperador demolió la Universidad de Derecho de Colinas Carruaje frente a la plaza central y, en su lugar, construyó un coliseo inmenso. El coliseo era más alto que el resto de los edificios de la capital; tenía suficientes asientos como para albergar a miles de personas y fue construido específicamente con solo dos entradas,

lo cual dificultaba mucho la entrada y la salida. El proyecto terminó justo dos semanas antes del primer aniversario del Imperio de los Justos. La noche que finalizó su construcción, el emperador les ordenó a todos los ciudadanos de Colinas Carruaje que asistieran al coliseo para presenciar las ejecuciones retrasadas de los “simpatizantes de la magia”.

La Hermandad de los Justos, vestidos de pies a cabeza con sus uniformes fantasmales de tonos plateados y armados con sus armas destellantes de roca de sangre, llevó a los ciudadanos agotados, hambrientos y rechazados al coliseo. Para cuando llegaron, el emperador ya se encontraba allí, observando todo desde su palco privado en lo más alto de la arena. Irradiaba una luz carmesí por su vestimenta hecha con roca de sangre, tanto su capa, su traje y su corona, la cual se enroscaba alrededor de su rostro como los cuernos de un carnero.

El emperador en ningún momento se dirigió a los ciudadanos que tomaban asiento en el coliseo, ya que solo tenía ojos para las *afueras* del coliseo. Tenía un par de binoculares presionados con fuerza sobre sus ojos con los cuales inspeccionaba cada rincón del horizonte y cada parche del cielo nocturno.

–Su Grandeza. –El Alto Comandante hizo una reverencia cuando ingresó al palco privado–. Los ciudadanos están sentados y los soldados en posición, señor.

–¿Y los arqueros? –preguntó Siete.

–Ya están ubicados alrededor de todo el coliseo y en cada techo de la capital.

–¿Y las entradas?

–Completamente vigiladas, señor –respondió el Alto Comandante–. Confío en que hemos creado la estructura más segura del mundo.

–¿Lo suficientemente segura para *ella*, Alto Comandante?
–lo presionó Siete.

–Si encuentra una forma de entrar, no logrará salir con vida. –Siete esbozó una sonrisa bajo sus binoculares, pero no los apartó.

–Bien –dijo–. Empecemos.

El Alto Comandante vaciló por un instante.

–Señor, ¿está seguro de que vendrá? Dadas las medidas de seguridad adicionales, sería extremadamente riesgoso que...

–Confíe en mí, Alto Comandante, *¡morderá el anzuelo!*
–exclamó Siete–. Ahora procedan. Esperé suficiente para este momento.

Con esas palabras, el Alto Comandante volteó hacia el centro del coliseo y, a su señal, dos miembros del clan comenzaron a girar una palanca. Una reja pesada se abrió por detrás de ellos. En ese momento, más miembros del clan aparecieron por la puerta escoltando a cientos de prisioneros desde los calabozos subterráneos. Las manos y pies de los “simpatizantes de la magia” estaban sujetos con cadenas gruesas y apenas podían moverse a medida que los hombres los empujaban hacia el centro de la arena.

Si bien los ciudadanos querían gritar al ver a sus amigos y familiares encadenados, permanecieron lo más silenciosos posible. Aun así, algunos gritos escaparon de sus labios y resonaron por todo el coliseo sepulcral.

–Empiecen con la familia Evergreen –gritó Siete sobre su hombro.

Cinco hombres del clan tomaron a los cinco miembros de la familia Evergreen de la larga línea de prisioneros. El Juez Evergreen y su esposa, sus hijos Brooks y Barrie, y la esposa

de Barrie, Penny, fueron arrastrados hacia los escalones de una horca de madera y ubicados en fila detrás de una única soga. Los ciudadanos estaban impresionados por lo estoicos que permanecieron los Evergreen; algunos incluso parecían *entusiasmados* de estar allí. La señora Evergreen miraba la soga con una sonrisa grande algo tenebrosa, Penny estaba tan excitada que prácticamente parecía vibrar y Brooks les levantaba el pulgar a todos en el público.

–¡Cómo se atreven a tratarnos como criminales! –gritó el Juez Evergreen–. ¡Por todos los cielos, soy un *Juez del Reino del Sur!* ¡Dediqué toda mi vida a hacer cumplir la ley!

–No, *eras* un Juez –gritó Siete–. Y pronto dejarás de existir.

–¿Empezamos con el antiguo Juez, señor? –preguntó el Alto Comandante.

–No, cuelguen al menor primero –indicó Siete–. Si eso no llama la atención del Hada Madrina, nada lo hará.

Los miembros del clan empujaron a Barrie hacia adelante y ajustaron la soga con firmeza alrededor de su cuello.

–¡Ah, qué desgracia! –gritó Penny–. ¡No pu-pu-puedo creer que estoy a punto de presenciar la mu-mu-muerte de mi esposo! ¡Qué mundo cru-cru-cruel!

–No te preocupes, Jenny, *¡digo, Penny!* –contestó Barrie, aunque apenas podía hablar con la cuerda sobre su garganta–. Todo esto terminará pronto.

–¡Po-po-por favor muestren piedad! –rogó su esposa.

–Supongo que, de cierto modo, colgarlo *es* bastante piadoso –comentó Brooks–. Es mucho más rápido que morir quemado, ahogado, crucificado o hervido. Y no es para nada tan desastroso como decapitarlo, empalarlo, arrastrarlo y descuartizarlo, aplastarlo con rocas...

–;Pss! ;Brooks! –susurró el Juez Evergreen–. ;Cállate! ;No es tu turno de hablar!

–;Ah, lo siento! –susurró Brooks–. No me di cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta.

–;Bueno, yo estoy de acuerdo con mi hijo! –anunció la señora Evergreen dramáticamente, para asegurarse de que todos en el coliseo pudieran escucharla–. ¿A esto llamas una ejecución pública? ;Asistí a fiestas mucho más amenazantes! Vamos, Emperador, ;puede hacerlo mejor! ;Queremos sangre! ;Queremos suspenso! ;Queremos terror *absoluto*!

La señora Evergreen le lanzó una mirada jubilosa al emperador, como si le estuviera pidiendo que se *animara* a ordenar una muerte más sangrienta para su hijo. El juez Evergreen tosió y su familia lo miró como si los estuvieran regañando.

–;Oigan! ;Sigan el guion! ;Dejen de desviarse!

–;No puedes esperar que una madre se quede en silencio en un momento como este! –proclamó la señora Evergreen–. Quiero lo mejor para mi hijo, ;y eso incluye su ejecución!

El juez Evergreen, resignado, se golpeó la frente con la palma de su mano.

–Si hubiera sabido que se comportaría así, *señora Evergreen*, ;nunca le hubiera pedido que fuera mi esposa! –refunfuñó–. ;Todos cállense! ;Déjenme hablar a mí de ahora en más!

Los ciudadanos congregados encontraban la discusión de la familia bastante peculiar. Intercambiaban miradas de confusión a lo largo de todo el coliseo; incluso los miembros de la Hermandad de los Justos se rascaban la frente. El emperador, por otro lado, no les prestaba mucha atención. Tenía *otras* preocupaciones.

–Algo está mal... –murmuró Siete para sí mismo–. Ya debería estar aquí... Su hermano favorito está a segundos de morir y no aparece por ningún lado...

El corazón del emperador estaba latiendo con todas sus fuerzas, lleno de ansiedad. Revisó el horizonte frenéticamente con sus binoculares, preocupado de que estuviera dejando algo de lado.

–¡Cuélguenlo a la cuenta de tres! –exclamó el Alto Comandante desde la horca.

No, esto no está bien... pensó Siete. *Ella preferiría morir antes que ver a su familia perecer...*

–¡UNO!

Entonces, ¿en dónde está? ¿Por qué no vino a rescatarlos? ¿Qué está esperando?

–¡DOS!

–A menos que... –dijo Siete cuando se le ocurrió la más perturbadora de las ideas–. *¡Ya esté aquí!*

–¡TRES!

El emperador volteó hacia la horca. El suelo se abrió justo debajo de los pies de Barrie y su cuerpo cayó directo a través de la plataforma de madera. La multitud gritó horrorizada; sin embargo, el cuello de Barrie Evergreen no se quebró tal como esperaban. En su lugar, empezó a estirarse sin parar como si estuviera hecho de goma hasta que ambos pies se apoyaron sobre el suelo. Todos los ciudadanos a lo largo de la arena gritaron; algunos incluso se desmayaron.

–¡ESE NO ES BARRIE EVERGREEN! –gritó Siete desde su palco.

–¡Mordió el anzuelo! –le dijo el juez Evergreen a su familia–. *¡Es ahora!*

De pronto, las cadenas que sujetaban los cuerpos de los Evergreen se evaporaron en el aire. Cada uno de los miembros de la familia se quitaron la piel de sus rostros y el cabello sobre sus cabezas; ¡habían estado usando disfraces encantados todo este tiempo! A medida que se quitaban las pelucas y las máscaras, las verdaderas identidades de las impostoras quedaron reveladas. El juez Evergreen era una muchacha regordeta con plumas blancas sobre su cabeza, la señora Evergreen era una enorme muñeca con ojos de botones y cuerpo de arpillera, Brooks era una planta caminante con la piel cubierta de clorofila y decenas de hojas sobre su cabeza, y Penny tenía alas, ojos saltones y un aguijón como un insecto gigante.

Como si su cráneo estuviera hecho de arcilla, la cabeza de Barrie se escurrió completamente a través del nudo en la soga y, cuando finalmente se quitó el disfraz, resultó ser una muchacha con bigotes y cola de zorrillo.

—¡NOS ENGAÑÓ UN GRUPO DE BRUJAS! —gritó Siete con una voz chillona.

Si eso no fuera suficiente sorpresa para toda la multitud en la arena, los cinco miembros del clan que se encontraban en la horca de inmediato se quitaron sus uniformes plateados y cinco jóvenes tomaron su lugar. El primero era un joven con un traje metálico y dorado con fuego sobre su cabeza y hombros. La segunda era una joven de cabello oscuro y rizado que llevaba una túnica hecha con esmeraldas destellantes. La tercera era una muchacha con una colmena naranja sobre su cabeza y un vestido hecho con parches de panales de abejas. La cuarta era una joven que llevaba un traje de baño color zafiro y con una cabellera que fluía sobre su cuerpo como una cascada continua de

agua. Y, por último, la quinta era una hermosa mujer con un traje de saco y pantalones, y una varita de cristal.

-¡ES EL CONSEJO DE LAS HADAS! –gritó Siete–.
¡MÁTENLAS! ¡MÁTENLAS A TODAS!

Los arqueros a lo largo de todo el coliseo apuntaron sus ballestas a las recién llegadas. Brystal Evergreen apuntó su varita a Hilvana, Retoña, Abi y Pip y unas escobas aparecieron en sus manos. Las brujas se subieron a ellas y volaron en círculo alrededor de la arena. Los ciudadanos y los miembros del clan se agacharon y se arrojaron fuera del camino a medida que las brujas volaban por el aire a solo centímetros de sus cabezas. El movimiento era desconcertante para los arqueros, quienes no sabían hacia dónde ni a quién dispararle primero.

-¡TONTOS! ¡NO DEJEN QUE LOS DISTRAIGAN!
–gritó Siete–. ¡DISPÁRENLE AL HADA MADRINA!
¡ELLA ES LA PRIORIDAD!

-¡Amarelo! ¡Cielene! ¡Denme un poco de vapor!
–exclamó Brystal.

Una explosión feroz de fuego erupcionó de las palmas de Amarelo y un géiser de agua brotó de los dedos índices de Cielene. El fuego se encontró con el agua y creó una inmensa nube de vapor. Brystal movió su varita y una ráfaga de viento fuerte movió el vapor alrededor de toda la arena, ocultando a las hadas y a los prisioneros de la vista de los arqueros.

-¿POR QUÉ NO ESTÁN DISPARANDO? –gritó Siete.

-¡Señor, los arqueros no pueden ver a quién le disparan!
¡Aún tenemos hombres allí abajo! –le contestó el Alto Comandante.

-¡NO ME IMPORTA QUIÉN SALGA HERIDO!
¡SOLO DISPAREN! –ordenó Siete.

Los arqueros dispararon sus ballestas y las flechas de roca de sangre surcaron el aire hacia el centro del coliseo, apenas errando a Brystal y sus amigos. Los miembros del clan intentaron usar a los prisioneros como escudos humanos. Brystal movió nuevamente su varita y los hombres cobardes salieron despedidos hacia la nube de vapor y giraron alrededor de las hadas como si los hubiera atrapado un tornado poderoso. Los arqueros bajaron sus ballestas, temiendo herir a sus compañeros.

El emperador gritó furioso por la incompetencia de la Hermandad. Avanzó a toda prisa hacia el otro lado del palco y les gritó a los soldados muertos que vigilaban las entradas.

–¡GUARDIAS! ¡VENGAN AQUÍ Y ATAQUEN A LAS PAGANAS! ¡NINGUNA BRUJA O HADA SALDRÁ DE ESTE COLISEO CON VIDA!

–¡Emerelda! ¡Rápido! ¡Quítale las cadenas al resto de los prisioneros! –le ordenó Brystal.

A medida que el Ejército de los Muertos ingresaba a toda prisa al lugar, Emerelda se acercó lo más rápido que pudo a los prisioneros y convirtió sus cadenas en talco que se desintegró en sus manos y pies.

–¡Lucy! ¡Tangerina! ¡Bloqueen las entradas antes de que entren los soldados! –les pidió Brystal.

De inmediato, las hadas se acercaron a toda velocidad a las entradas en los lados opuestos del coliseo. Lucy golpeó el suelo con un puño y una grieta gigante se extendió por el suelo hasta la primera entrada como un rayo, provocando que la puerta se derrumbara antes de que los soldados muertos pudieran atravesarla. Tangerina envió un enjambre de abejas hacia la segunda entrada y estas cubrieron a los

soldados de miel, pegándolos al suelo y las paredes. Pronto la entrada quedó cubierta de esqueletos pegajosos.

–¡Las entradas están bloqueadas, pero eso significa que las salidas también! –anunció Lucy–. ¿Cómo vamos a poner a salvo a los prisioneros?

–¡Yo me encargo! –contestó Brystal.

Apuntó su varita hacia los prisioneros y cada uno de ellos quedó rodeado por una burbuja gigante. Para la sorpresa de ellos, las burbujas se elevaron por el aire, llevándolos alto en el cielo nocturno. Una vez que todos los prisioneros salieron flotando del coliseo, Brystal apuntó su varita a Emerelda, Amarello, Tangerina, Cielene, Lucy y a ella misma. Así se unieron a los prisioneros en burbujas propias, mientras que Hilvana, Retoña, Abi y Pip las seguían en sus escobas.

Luego de la partida de las hadas, la nube de vapor en la arena lentamente se desvaneció y los hombres que giraban en el tornado cayeron al suelo. Los ciudadanos celebraron su escape, pero rápidamente se quedaron en silencio al recordar que ese tipo de *apoyo* era ilegal. El emperador estaba tan furioso de ver a las hadas y a las brujas marcharse volando con sus prisioneros que empezó a echar espuma por la boca.

–¡ALTO COMANDANTE, ALERTA A LOS ARQUEROS EN TODA LA CIUDAD! –ordenó–. ¡SI LAS HADAS SE ESCAPAN, SERVIRÉ SU CABEZA EN UN PLATO!

–¡Sí, señor! –acató el Alto Comandante.

Enseguida, el Alto Comandante sopló un cuerno para dar aviso a todos los arqueros ubicados en los tejados de toda la capital. Los arqueros respondieron rápido, ya que empezaron a disparar cientos de flechas de roca de sangre a los prófugos que sobrevolaban la ciudad. De repente, las burbujas se

encontraron inmersas en una lluvia de flechas, lo que provocó que muchas de ellas estallaran y los prisioneros cayeran del cielo. Cada vez que esto ocurría, Brystal movía su varita y restauraba las burbujas, pero no podía mantener el ritmo.

–¡Hilvana! ¡Retoña! ¡Abi! ¡Pip! ¡Ayúdenme a atraparlos! –les pidió Brystal.

Las brujas de inmediato se lanzaron por el aire y atraparon a los prisioneros que caían, solo momentos antes de que se estrellaran contra el suelo. Por desgracia, el ataque incessante de los arqueros no parecía que fuera a detenerse, por lo que las brujas rápidamente se quedaron sin espacio en sus escobas.

–¡SÍ! –celebró Siete mientras observaba cómo estallaban las burbujas–. ¡Nunca lograrán salir de la capital! ¡Caerán como moscas!

–¡Emerelda! –gritó Brystal hacia atrás–. ¡Pide refuerzos!

Emerelda asintió y llevó un pequeño silbato de esmeralda a sus labios. Enseguida, lo sopló con todas sus fuerzas y un tono agudo resonó por todo el cielo.

–¡Señor, mire! –dijo el Alto Comandante–. ¡Algo se acerca a la capital!

El emperador miró a lo lejos y cada gota de alegría que había reunido abandonó su espíritu. Una sombra inmensa negra apareció por el horizonte, moviéndose por el aire como un velo atrapado en el viento. A medida que la sombra se acercaba, el emperador comprendió que no era solo un único objeto, sino *miles* de ellos moviéndose juntos. Levantó sus binoculares para inspeccionar la nube más de cerca y descubrió ¡una *bandada inmensa de grifos* que se acercaba a la ciudad!

Las criaturas mágicas volaron entre los edificios de Colinas Carruaje y atacaron a los arqueros a lo largo de toda la capital. Derribaron a los hombres de los techos con movimientos bruscos de sus alas, les quitaron las ballestas de las manos con sus picos y partieron las flechas de roca de sangre con sus garras. Los arqueros quedaron completamente desprotegidos ante las bestias majestuosas y muchos se vieron obligados a abandonar sus puestos. Mientras los grifos atacaban a los miembros del clan, las hadas, las brujas y los prisioneros se alejaron de Colinas Carruaje. Una vez lejos de los arqueros, las criaturas mágicas se unieron a la procesión de burbujas y volaron hacia la seguridad en el horizonte.

–¡NOOOOO! –rugió Siete tan fuerte que toda la ciudad pudo oírlo-. ¿CÓMO ES SIQUIERA POSIBLE? ¡¿CÓMO PUDIERON DEJARLAS ESCAPAR?! ¡OTRA VEZ!

El Alto Comandante tragó saliva y dio un paso cuidadoso hacia atrás.

–Mis más sinceras disculpas, señor –dijo-. ¡Estaba seguro de que nuestro plan funcionaría!

Los binoculares del emperador empezaron a resquebrajarse en sus manos, pero, de pronto, se quedó muy quieto y silencioso. Su ira se vio interrumpida por algo extraño que notó en el cielo.

–Espera un segundo –dijo Siete-. ¿Dónde está el Hada Madrina? ¡Ella y la bruja gorda no están con el resto!

El emperador miró hacia el horizonte una y otra vez, pero Brystal y Lucy habían desaparecido.

–¿Sus órdenes, mi señor? –preguntó el Alto Comandante.

–¡Reúna a los hombres y búsquenlas por toda la ciudad de inmediato! –ordenó Siete-. ¡*Todavía siguen aquí!*



Las burbujas de Brystal y Lucy descendieron en la plaza central de Colinas Carruaje y estallaron al entrar en contacto con el suelo. Ni bien aterrizaron, Brystal salió corriendo y Lucy la siguió por detrás.

–Bueno, el rescate fue un éxito, ¡pero la actuación estuvo *pésima!* –se quejó Lucy–. Supongo que fue por tener un elenco de novatos. No hay nada peor en el mundo de los espectáculos que un novato que cree que puede improvisar.

Brystal se detuvo abruptamente y miró a su alrededor como si estuviera perdida. *Apenas pudo reconocer la ciudad en la que había crecido.* Todos los edificios estaban cubiertos con pancartas plateadas con el rostro del emperador o el símbolo del lobo blanco de la Hermandad de los Justos, todas las puertas y ventanas estaban tapiadas o encadenadas, y todas las estatuas y homenajes a gobernadores pasados habían sido removidas o demolidas. Las calles estaban cubiertas con grandes montañas de cenizas, aunque Brystal no sabía con exactitud qué era lo que habían quemado. Una tenue nube de humo aún flotaba en el aire, haciendo que fuera muy difícil ver más allá de unos pocos metros en cada dirección.

–Brystal, ¿qué sucede? –preguntó Lucy–. ¿Por qué nos detenemos?

–Todo se ve diferente y ya no reconozco los edificios –contestó.

–¿No hay algún mapa por aquí?

–No, pero quizás pueda hacer uno.

Brystal cerró los ojos y visualizó a Colinas Carruaje tal como la recordaba de su infancia. Movié un brazo en un círculo amplio y miles de luces pequeñas brotaron de la

punta de su varita, como si estuviera salpicando a las calles con una neblina brillante. Sin embargo, las luces no se quedaron aferradas a los edificios en su estado actual, sino que recrearon la ciudad tal como ella la recordaba. Luego de abrir los ojos y entender dónde estaba, las luces desaparecieron.

–¡La biblioteca está allí! –exclamó–. ¡Sígueme! ¡No tenemos mucho tiempo!

Brystal tomó a Lucy de la mano y la llevó hacia un edificio con un domo de cristal, justo al otro lado de la plaza central. Al igual que el resto de los edificios, la biblioteca estaba cubierta con pancartas plateadas, pero a diferencia de las otras, la escalinata frontal estaba rodeada por una alta cerca de metal. Un letrero en la cerca decía así:

¡ATENCIÓN, SÚBDITOS!

*En conformidad con el artículo dos
de la Constitución Justa del Emperador,
este edificio se encuentra oficialmente
cerrado al público.*

*Se prohíbe el acceso no autorizado.
Los intrusos serán sentenciados a la pena
de muerte.*

La advertencia le hirvió la sangre a Brystal. Rompió la cerca con su varita y luego Lucy subió a toda prisa por la escalinata. Una vez arriba, derribó la puerta doble de una patada. Apenas entraron al edificio oscuro, Brystal empezó a sentir el estómago revuelto. *¡La biblioteca había sido saqueada hasta quedar irreconocible!* Todos los muebles estaban derribados y los sillones

cómodos estaban completamente desgarrados. El globo plateado inmenso que alguna vez había lucido majestuoso en el centro de la planta baja ahora estaba destruido sobre la alfombra. Y lo más aterrador de todo era que cada estante de la biblioteca de tres pisos estaba *vacío*.

–Vaya, parece que alguien se olvidó de devolver los libros –bromeó Lucy.

–No, esto no está bien –dijo Brystal–. ¡Este lugar estaba *lleno* de libros!

–¿Qué crees que pasó con ellos? –le preguntó Lucy.

–Siete debe haberlos escondido en algún otro lugar. Echemos un vistazo por si dejaron algo atrás.

Brystal y Lucy deambularon por los pasillos de la espaciosa biblioteca como ratas en un laberinto de varios niveles. Desafortunadamente, ni una sola página había sobrevivido a la purga del emperador. Incluso la cámara secreta de los jueces, la que Brystal había descubierto cuando trabajaba allí, estaba completamente vacía. Derrotada, comenzó a caminar junto a una ventana del tercer piso. Sus ojos se posaron sobre la plaza central afuera y fue en ese momento que todo su cuerpo se tensó. De pronto, entendió *qué* eran todas esas cenizas en las calles.

–Siete no escondió los libros, ¡*los quemó!* –exclamó Brystal sin poder creerlo.

–Estoy tan confundida –dijo Lucy–. ¿Por qué Siete quemaría un montón de libros?

Brystal suspiró y negó con la cabeza.

–Porque leer fomenta *pensar*, pensar fomenta las *ideas*, las ideas fomentan el *cambio* y nada amenaza más a un tirano que el *cambio*.

Lucy gruñó y formó puños con ambas manos.

–*¡Dios, ODIO a ese sujeto!* –exclamó–. ¡Justo cuando estaba pensando que no era posible odiar tanto a alguien, siempre me demuestra lo equivocada que estaba!

–Por suerte, los libros se pueden reemplazar –agregó Brystal–. Bueno... al menos la *mayoría*.

Lucy tragó saliva.

–¿Crees que también destruyó *ese libro* con el resto?

–Honestamente, dudo que *ese libro* estuviera aquí para empezar. Un libro como ese definitivamente me hubiera llamado la atención cuando trabajé aquí y no recuerdo haber visto nada que se asemejara ni remotamente; ni siquiera en la colección privada de los Jueces.

–Pero esta es la única biblioteca que nos faltaba revisar. Si no está *aquí*, entonces ¿dónde?

Brystal se quedó en silencio mientras pensaba esa misma pregunta. Sin embargo, su pensamiento quedó interrumpido por una extraña luz roja que empezó a destellar a su alrededor. Ambas voltearon y se encontraron cara a cara con el Emperador de los Justos parado en medio del pasillo. Su vestimenta de roca de sangre irradiaba una luz carmesí que cubría a toda la biblioteca oscura, mientras que su ceño fruncido irradiaba odio puro.

–*Siete*.

Al principio, Brystal estaba agradecida de encontrarse con el emperador. Una parte de ella quería creer que Siete era el joven príncipe elegante que se había arrodillado a sus pies, no este joven peligroso que amenazaba con asesinarla.

–Supongo que tu verdadera familia está sana y salva –dijo Siete con desdén.

–Están sanos y salvo desde hace meses –contestó Brystal.

La boca del emperador se curvó, formando una sonrisa siniestra, pero el odio nunca desapareció de sus ojos.

–Tengo que darte crédito cuando te lo mereces –agregó–. Fue un gran *truco* el que hicieron en el coliseo. Lamentablemente, esas payasadas serán las últimas.

El emperador chasqueó los dedos y el Alto Comandante de la Hermandad de los Justos apareció a su lado. Los hombres del clan las acorralaron contra una pared al final del pasillo. Brystal estaba desesperada por mover su varita y lanzar a los hombres hacia el otro extremo de la biblioteca, pero sabía que su magia sería inútil contra las armas de roca de sangre. Con sus guardias en posición, el emperador avanzó hacia las muchachas y miró a Brystal a los ojos.

–Dime, Brystal, exactamente, ¿cuántas vidas tienes? –preguntó–. Pensándolo bien, prefiero que sea una sorpresa. Estoy dispuesto a matarte tantas veces como sea necesario.

–Matarme no asegurará tu victoria –le respondió Brystal–. No importa cuántas leyes saques, cuántas mentiras le digas a la gente o cuántos libros quemes; tu final *llegará*. Tu pueblo es mucho más inteligente y fuerte de lo que crees. Con o sin mí, es solo cuestión de tiempo para que se cansen de tu tiranía y se revelen en tu contra.

–Ahí es donde te equivocas –dijo–. Verás, una resistencia exitosa necesita *coraje*, necesita *inteligencia*, incluso *resiliencia*, y la gente no *nace* con esas cualidades. No, no, no. La valentía tiene que estar *inspirada*, la brillantez tiene que ser *defendida*, la audacia tiene que ser *alentada*, pero si destruyes todo lo que *alimenta* a una sociedad, entonces esa sociedad nunca obtendrá las herramientas para destruirte. Y nada

desanimará más a mi pueblo que ver *¡la cabeza de la gran Hada Madrina en una estaca!*

–*¡DESANIMA ESTO, BRONCEADO ANDANTE!*
–gritó Lucy.

¡FIUUM! Lucy le arrojó el estante más cercano con toda su fuerza y *¡PAM!*, cayó directo sobre la cabeza del emperador, aplastándolo contra el suelo. Se quejó y luchó por liberarse, pero el estante era demasiado pesado.

–*Así se improvisa* –dijo Lucy–. Lo siento, Brystal, no querías seguir hablando con él, ¿verdad?

–Solo estoy celosa de que no se me ocurriera eso antes
–contestó Brystal.

–*¡NO SE QUEDEN AHÍ PARADOS! ¡MÁTENLAS!*
–les gritó Siete a sus hombres.

Los miembros del clan arremetieron contra Brystal y Lucy con sus espadas y lanzas en alto. Lucy golpeó el suelo con un puño y abrió una enorme grieta en la alfombra. Esta hizo que todos los estantes del pasillo comenzaran a sacudirse hasta que, uno por uno, cayeron sobre los hombres.

–*¡Bien hecho!* –le dijo Brystal a Lucy.

–*Gracias* –le contestó–. Hice lo mismo para escapar de una destilería una vez, *¡pero esa es una historia para otro momento!* *¡Larguémonos de aquí!*

Brystal y Lucy corrieron a toda prisa por el pasillo, saltando sobre los estantes y los hombres atrapados por debajo. Desafortunadamente, la grieta de Lucy fue mucho más poderosa de lo esperado. A medida que ella y Brystal corrían hacia el próximo pasillo, *¡los estantes comenzaron a caerse a su alrededor!*

–*¡Lucy, haz que se detenga!* –gritó Brystal.

–;Sabes que no puedo detener nada de lo que inicio! –le contestó Lucy–. ;Mi magia es como comer comida chatarra!

Sin tiempo para pensar, lo único que las muchachas podían hacer era correr a medida que los estantes caían a sus espaldas por todo el tercer piso ;como dominós gigantes! Una vez que llegaron a la escalera, los estantes comenzaron a caer por la barandilla. Cayeron hacia los niveles inferiores, provocando un efecto dominó similar en *todos* los pasillos de la biblioteca. Para cuando Brystal y Lucy llegaron a la planta baja, cada estante de la biblioteca estaba derribado.

Lucy rio nerviosa mientras observaba el desastre.

–Apuesto que estás agradecida de que ya no trabajas aquí –dijo.

Las muchachas huyeron a toda prisa por la salida, pero ni bien alcanzaron la puerta doble, se detuvieron de inmediato; *;la biblioteca estaba rodeada por el Ejército de los Muertos! ;Brystal y Lucy estaban atrapadas! Una vez que las vieron, los soldados muertos cargaron contra ellas.*

–;Dios, estos tipos son como cucarachas! ;Aparecen por todos lados! –exclamó Lucy–. ¿Cómo vamos a pasarlos?

Brystal miró alrededor de la biblioteca en busca de una salida rápida, hasta que sus ojos se posaron sobre el domo de cristal en el techo.

–;Rápido! ;Sujétate de mi cintura! –le ordenó.

–¿Por qué? –preguntó Lucy.

–;Es mi turno de *improvisar!*

Lucy envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Brystal con todas sus fuerzas. Brystal levantó una mano hacia el techo y una luz brillante brotó de la punta de su varita. La luz envolvió a Brystal y Lucy y, pronto, salieron disparadas por el domo

como una estrella fugaz. El domo estalló en mil pedazos y una lluvia de cristal cayó sobre los soldados esqueléticos.

En el tercer piso, el Alto Comandante y la Hermandad de los Justos comenzaron a salir de debajo de los estantes pesados. Una vez que estuvieron libres, los miembros del clan se acercaron a toda prisa al emperador para ayudarlo a levantar el estante sobre su cuerpo.

–Señor, ¿está herido? –preguntó el Alto Comandante.

–¡Estoy bien! –exclamó el emperador mientras se ponía de pie–. ¿Dónde está el Hada Madrina?

–Ella y su cómplice escaparon, señor.

–¡¿Ellas *QUÉ*?! –

Las noticias llenaron al emperador de una ira tremenda. Sujetó al Alto Comandante por los hombros y lo empujó por la ventana más cercana.

–¡*El Alto Comandante se ha tomado unas vacaciones!* –exclamó Siete y luego señaló al hombre más cercano–. ¡*Tú!* ¡Tú eres el nuevo Alto Comandante! ¡Si me decepcionas sufrirás el mismo destino! ¿Entendido?

Los ojos del miembro del clan estaban inmensamente abiertos debajo de su máscara plateada y de inmediato hizo una reverencia.

–Estoy a su servicio, señor –dijo con cierto temblor nervioso en su voz.

–Bien –dijo Siete–. Ahora, el Hada Madrina está tramando algo, ¡puedo sentirlo en mis huesos! ¡Tenemos que descubrir qué está planeando!

–¿Qué estaba haciendo en la biblioteca, señor?

–¿No es obvio? –espetó Siete–. Estaba buscando un *libro*.

–Pero, ¿qué *clase* de libro, señor?

El emperador miró a través de la ventana rota como si pudiera encontrar la respuesta en la desolada plaza central, pero nada apareció en su mente.

-No lo sé -dijo-. Pero, sea lo que sea, debemos encontrarlo antes que *ella*.